

¿Por dónde empieza cada uno su ruta hacia el magisterio? Habrá quien la herede en casa. Habrá quien escoja una carrera corta y habrá más de una seducción desde el pupitre infantil... y, alguna otra, desde las páginas de Freire, Montessori, Freinet, Makarenko, Ferrer y Guardia, Giner de los Ríos, Tonucci (Frato)... o Milani, sin ir más lejos que ir a visitar su escuela un día.

La seducción profesional Carta inedita de un primerizo

Lluís Busquets, (B)

Estudiante escolapio de 24 años; hoy, profesor.

(Autor de *Última noticia de Jesús el Nazareno* (Destino 2007), bestseller en Cataluña)



“Roma 3.7.1972
J.L. Corzo, Salamanca

Querido José Luis: seguí la presentación que hiciste de don Milani a través de *Pastoral Juvenil* y sé lo mucho que te cautivan sus maneras. Por eso estoy convencido de que no puede dejar de interesarte nuestra excursión-peregrinaje a Barbiana.

Fue el día de San Pedro y san Pablo. Tres días después de que se cumplieran los cinco años de la muerte de don Lorenzo Milani. Te mandé desde Vicchio (el pueblecito más cercano a Barbiana, donde se vendían postales) un saludo. Ahora voy a recordar contigo lo que fue nuestra excursión.

La idea de ir a Barbiana fue de Paco Lobera. Pegarse un estirón así, al Norte, con el Citroën de Nietta, era una chifladura. Pero el viernes los tres teníamos trabajo y había que hacerlo. Cuando pedí permiso dije para ir a Barbiana y a Siena. Se me contestó que si estaba loco... Hubo que levantarse de mañana. El plan era comer en Barbiana. Tuvimos que pasar por Collevalenza (Perugia) y de paso vimos el así llamado Santuario del Amor Misericordioso, *burrada* de nues-

tros días llevado a cabo por una monja española, Madre Speranza [Murcia 1893-1983] (imagínate un lugar de peregrinaje para ricos). Lago de Bolsena (íbamos retrasados y ni ni siquiera pudimos darnos un remojón), Perugia, Arezzo, sin respirar. Las tres se acercaban. Comida y parada. (Dejamos descansar el *sedere*). Y a Vicchio. (Barbiana no estaba ni en los mejores mapas). Vicchio es un pueblo que podría ser castellano. Su plaza mayor con la estatua de Giotto, el ayuntamiento, etc. No son las cuatro y los jóvenes se pasean arriba y abajo de una carretera de plátanos. (¿Ahí cerca estuvo don Milani?). Suena alto, demasiado alto, un altavoz. Se baila. Nos indican dónde está Barbiana (“Arriba, en la montaña”), pero nos perdemos un par de veces.

Verlo desde aquí y, la verdad, lo primero que uno piensa es en la malicia del obispo (¿Florit era?) al mandar a un cura joven por esos montes perdidos. (¡Ay de los escondidos caminos del Señor!). Primero, la carretera, bien. Los carteles señalan un cierto lago Baldracca. Junto a él veremos coches de lujo. Luego la cuesta se empina. Tenemos que bajar y empujar. La subida es de aúpa. El paisaje es precioso. La Umbria de Asís, cierto, pero más feroz, más selvática. Se constru-





yen algunas torres-chalets. Y más cuesta. El sol arde. ¿Qué encontraremos en Barbiana? ¿Nada?

José Luis, supongo que habrás “vivido” *Experiencias pastorales*. En la dedicatoria don Lorenzo pide a los misioneros chinos que oren al Señor para que abrevie la pena de nuestros errores “*de los que hemos sido a la vez víctimas y autores*”. Supongo que habrás leído el testamento indescifrable de Milani (más de un año faltaba para su muerte), acerca de los deudores y acreedores, donde él dice haber amado más a los chicos que a Dios mismo, aunque espera que Dios no se entretenga en estas sutilezas; donde habla de lo mucho que le debe a la señora Eda y, si se lo debe él (económica y afectivamente, dice), se lo deben los chicos. Pues bien, en Barbiana estaba la señora Eda.

Cuando bajamos del coche respiramos hondo. Abajo, el valle. Una señora de edad toma el sol (o el fresco) junto a un hombre. Nos miran recelosos. Es un caserío-iglesia, no más, que podría ser gallego o catalán. Pedimos ver la iglesia. Una iglesucha por nada abandonada, con sus cuadros y sus altares. El rosetón y uno de los cuadros están confeccionados con cristales de botella. En él se representa a un santo, no importa cual, probablemente futuro, porque el libro de estudios le tapa la faz. Es el santo de Barbiana; son los santos de Barbiana, qué más da... No sabría decir si me recojo más ante y dentro de esta iglesucha o ante la tumba de don Lorenzo, que quiso reposar aquí, en Barbiana. No te imagines ningún nicho. En la tierra. Junto a otros pocos cuerpos. Nos acompaña el hombre aquel que tomaba el sol con la vieja, un poco falto de razón, pero con la cordura suficiente para repetir una y otra vez: “*Fue demasiado bueno*”, “*fu troppo buono*”. Encima de la tierra sus chicos quisieron poner un mármol sencillote y una inscripción que reza así: *Sac. Lorenzo Milani N. 27.5.1923 M. 26.6.1967. Priore di Barbiana dal 1954.*

De unos floreros surgen lirios, geranios y otras flores, algo ajadas ya por el sol del día. Bruno comenta: “La señora Eda”. Paco quería leer aquí su testamento. Nietta dice que los papas tienen otras tumbas. Yo comento que ningún Papa tuvo ese paisaje, ni ese sol ni esos floreros ni esas amapolas crecidas allí mismo.

Volvemos al caserío-iglesia. En el porche todavía está la señora. Pedimos ver el lugar donde daba escuela. ¡Qué sorpresa la nuestra cuando nos encontramos con la misma escuela de don Lorenzo! No han permitido, a nadie, tocar nada. Las mesas, las sillas, la biblioteca, la mesa de arquitecto, el astrolabio, el telescopio, los cuadros en las paredes, los gráficos, la pantalla de cine, la tumbona donde don Lorenzo pasó tantas noches.

Es entonces cuando conocemos a la señora Eda. Para ella don Milani es don Lorenzo y no se murió hace ya un lustro, sino ayer (qué digo ayer, esta mañana). ¡Qué de comentarios! ¡Qué don Milani más vivo! Resul-

ta que no le habíamos caído bien, al principio, cuando nos oyó llegar, porque nos oyó hablar en la iglesia. “Si don Lorenzo les oye, los echa...”, comenta.

Mientras, voy husmeando. Los mapas de Italia. Los parlamentos según las legislaturas (los años mussolinianos están decorados con unas cadenas). El famoso *I care*. Foto sinopsis de los eclipses. Las estadísticas. La historia del fascismo en Europa (para don Milani fascismo es Mussolini, y Hitler, y los años españoles desde el 36, y el desembarco de Normandía, es decir, cualquier forma de opresión). El despertar del África (estudio de 1887 al 1961) y el sucederse de repúblicas en Europa imponiéndose a las monarquías, y los caracteres chinos, y el proceso contra don Milani (cuestión de la objeción de conciencia), y la estufa, y el retrete, y... Doña Eda que explica detalles y más detalles y que quiere saber si en España se le conoce, y que sobre todo cuenta como Milani fue capaz de cambiarla. Le contamos que en Roma don Roberto [Sardelli] sigue sus pasos (y de verdad que la *Escuela 725* es idéntica, al menos por apariencias —y creo que por lo demás— a la de Barbiana), que en España estás tú, que en Méjico está Martí... Y recordamos juntos cómo don Lorenzo trajo la carretera (¡el camino, vaya!), la luz y el agua... Y ella musita “*Poveretti!*”, refiriéndose a los que le imitan. Y sigue: “*No es nada fácil ser don Milani, ni siquiera era fácil vivir con él*”. Y nos cuenta que cuando estaba de rodillas en la iglesia, y se apoyaba, don Lorenzo le decía que eso era hacer las cosas a medias y que, por lo tanto, se sentara...

Entonces llegó Bruno Bettarini con su mujer y su 500 [Fiat]. Hoy sindicalista de la CISL, ayer discípulo de don Lorenzo. La sra. Eda dice que don Lorenzo adivinó lo que sería Bruno, como hizo con otros... Habita en Calenzano (Firenze) y por la mañana han ido a celebrar la eucaristía con el padre Balducci. ¡La que se arma! Tomamos asiento todos. ¡Ese sí que es un cura que dice al pan, pan, y al vino, vino! (Lee las cartas que don Milani escribió al tal Bruno, José Luis). Resulta que los escolapios, de una manera u otra, están relacionados con Barbiana. *Testimonianze* más de una vez ha hablado. Balducci no digamos. Martinielli y otros exclérigos están todavía en la región florentina trabajando en sindicatos. Me entra curiosidad y hago un repaso a vista de pájaro entre los centenares de libros que hay en la biblioteca. ¿Conocería don Milani a San José de Calasanz? Encuentro algo sobre don Bosco. Escribo algunos títulos: *Storia degli elementi chimici*, *Pygmalion* (naturalmente en inglés), *Europa ieri ed oggi*, *Cerchiamo insieme*, *Il nazional sindacalismo*... No, así, en sprint, no merece ser ojeada la biblioteca. (Después sabría que no sólo don Milani conocía a Calasanz, sino que en los últimos años de su vida visitó al menos un par de veces a algunos clérigos de Monte Mario. Martinelli, ¿recuerdas?).



Vuelvo a la tertulia. Están hablando de la intransigencia de don Milani. Creo que se ha exagerado algo. Bruno cuenta cómo para él había una escala de valores. Mientras te explotan no puedes perder tiempo jugando al fútbol. Cuando sepas lo que es tu contrato de trabajo, entonces haz lo que quieras. Con todo, quería a la gente convencida. Más de una vez –cuenta Bruno– en un día de fiesta, o así, si alguno se quejaba, se sacaba 500 liras del bolsillo y le decía: “¿Quieres irte a bailar? Vete, pero no fastidies.” Doña Eda cuenta que le había oído decir que los chicos burgueses pueden necesitar dar patadas a un balón, pero los que pasan la mañana en el campo arando o en la montaña con los rebaños, están ya sanos de por sí. Bruno se acuerda de cuando don Milani cambió de parecer al respecto. Era un día que enseñaba a jugar al ping-pong a alguien en San Donato, en Calenzano... A mitad de partida dejó todo y dijo que para él se habían acabado ping-pong, fútbol y futbolines. Si aquello servía de excusa o anzuelo para atraer chicos, significaba que era más atrayente que “lo otro”. Y era una traición.

Doña Eda dice que eso no significa que don Milani fuera incapaz de reír o de gastar bromas... Uno podía divertirse en la escuela, montando una bombilla o mirando las estrellas. Y explica cómo, cuando construían la piscina, se divertían todos. Lo que no quería era que lo primordial fuera la diversión. Cuando uno iba a la piscina a jugar o a echar agua a los demás, era cuando le caía la reprimenda. Bruno aduce que la piscina se construyó sólo para lo que importaba a la escuela, es decir, aprender a nadar. Cuando uno sabía nadar ya no importaba nada a don Lorenzo. (Eso de la piscina – permíteme el paréntesis – fue una sorpresa mayúscula. Sobre todo al verla. Porque aquello es una piscina *donmilanesa*. Imagínate un rectángulo de 10 metros largo por uno y medio de ancho, con parte profunda y parte que no lo es. Nada más. Eso sí: dejada y pintada incluso con pintura “celestes de piscina”).

Pasamos de un tema al otro. Llega otro matrimonio a saludar a la sra. Eda. (Hay que leer el testamento para comprender esto). ¿Has pasado tú una tarde en una casa labriega? Ahora doña Eda está diciendo que una vez comentó: “¿La sotana? ¡Seré el último en quitármela!” De ahí pasamos a su afán de sinceridad y autenticidad. Bruno cuenta que un compañero no sabía si hacer o no la comunión el día de la boda. Don Lorenzo le dijo que tenía que ser él mismo quien decidiera, y que por él, sí quería, le daba la bendición junto a su novia ahora mismo, sin el jaleo que querían “armar” a la mañana siguiente. “*Ecco, non voleva le cose a metà*”, subraya Eda. Ahora le toca el turno a la escuela, al método. Bruno explica que cuando subían estudiantillos que discutían algo se ponía serio y decía: “*Oh tú, escucha o enseñas; si no, lárgate*”. Recuerda cuando una vez un francés quiso dar unas

lecciones de arte. Se las dejó dar y le felicito después de darlas. Pero, luego, comentó ante todos que cuando se hubieran resuelto todos los problemas sociales habría llegado el momento de estudiar arte...

Ahora llega el momento de hablar de su enfermedad. Que si cáncer en las glándulas, que si leucemia. Sufría horrores. La señora dice que se levantaba a las 6 pálido, pero que cuando llegaban los chicos cambiaba de color. Doña Eda comenta: “*Siempre pensaba en los demás, para los demás... Nunca para sí mismo. Una vez, cuando ya estaba mal le dije que debía cuidarse un poco a sí mismo, y respondió: si empiezo a pensar en mí, estoy en una situación tal que en dos días me vuelvo loco*”. Cuentan que en el hospital, en Florencia, estaba el mínimo tiempo posible. Decía estar mejor en Barbiana. “*Eso es – añade Bruno –. Se dio cuenta de que se apagaba y se entregó del todo*.” (Como tantos religiosos maniáticos de hospitales...). Resulta que cuando estaba ya muy mal, en lugar de procurarse reposo, trabajaba noches enteras para explicar mejor las cosas a los chicos. “*Las pruebas de la Carta a una maestra se las llevamos al hospital un mes antes de morir*.” Los ojos se humedecen. “*Tropo buono, troppo buono*”, repite cueradamente nuestro acompañante hasta su tumba. “*Jamás he visto que pensara en sí mismo*”, repite doña Eda. ¿Cómo resumirías a don Lorenzo?, pregunto a Bettarini. “*Un maestro que predicó con el ejemplo*”, responde sin dudar...

Se hace tarde y Roma queda muy lejos. Quieren que nos quedemos. Les digo que hacen muy bien en guardar las cosas así, sin dejar tocar nada. Intercambiamos direcciones. En invierno, claro, allí no queda nadie. Cuesta levantarnos de las sillas, dejar la escuela, poner fin a la tertulia. Yo insisto pensando en los horarios de S. Pantaleo. Nuestros ahorros para pasar por Siena se los va a tragar la autopista. Son ya las siete. Nos despedimos. En Vicchio echamos algunas postales. Y hasta Calenzano vamos leyendo algunas cartas de don Milani. “Así empezarán las peregrinaciones”, dice Paco.

En la autopista intentamos el máximo. A las 8 dejamos a dos kilómetros Florencia (Miguel Ángel, ¡qué pequeñico al lado de Milani! A ninguno nos sabe mal no poder entrar en la perla toscana). Tráfico y camiones. Uno conduce y otro en el cristal de atrás sintoniza con el conductor: “Ahora, ¡pasa!, ahora ¡deja paso!”. Así llegamos a Roma a medianoche. El hermano Constancio me recibe diciendo que por divertirme yo él ha tenido que dejar la cama...

“*Que el Señor quiera misericordiosamente abreviarnos la pena de nuestros errores, de los que hemos sido víctimas, pero de los que somos (y continuamos siendo) todavía a autores...*”

PD. He releído lo que he escrito. Eso es “nada” comparado con lo que fue nuestro encuentro con Barbiana. Ponle tú el jugo que falta. Lluís”. ■